

La mujer ha cambiado. Libre del lastre de las enaguas y el corsé, ahora se afana por desempeñar los múltiples roles que su nueva vida le asigna. Y a pesar de que aún no hace demasiado tiempo que dependía de su marido, ahí está: libre, dueña de sus elecciones, soltera, divorciada o casada de nuevo, con o sin hijos, proyectada en una vida activa que le ofrece nuevas posibilidades pero también nuevas responsabilidades.

Todos los progresos que se han alcanzado en la sociedad a partir del último siglo parecen haber dado sus frutos, ya que han cambiado por completo la vida de las mujeres. Pero ¿realmente ese cambio ha sido para mejor?

Ha llegado el momento de hacer el balance de la condición femenina. Una vez conseguidas las mejoras reclamadas por el feminismo y ratificadas por la ley, ha llegado la hora de interrogarse sobre qué progresos se han logrado realmente, y de plantearse la siguiente pregunta: ¿la mujer de hoy vive mejor que antes?

Hoy más que ayer, las mujeres siguen sintiéndose incomprendidas y poco valoradas. Las que son madres están siempre agotadas, se sienten culpables y llegan deshechas al final del día. Las mujeres no saben bien cuál es su sitio, no tienen tiempo para nada y no consiguen separar el trabajo de la vida familiar. Nunca se ven lo suficientemente guapas y se pasan la vida muertas de

hambre por causa de los regímenes. Aterrorizadas por las arrugas, viven atenazadas por el miedo a envejecer y sufren a solas y en silencio.

Hemos intentado entender algunos porqués de todo ello. Por qué las mujeres divorciadas rehacen su vida al cabo de siete años, por término medio, mientras que los hombres sólo necesitan dos para hacerlo. Por qué la progresión de su trayectoria profesional sigue una curva inferior a la del hombre. Por qué mujeres que se casan enamoradas se hallan unos pocos años después al borde del divorcio, con niños de corta edad. Por qué muchas mujeres guapas, inteligentes y profesionalmente muy competitivas están solas en la vida. Por qué casi todas las mujeres siguen algún tipo de régimen, hasta cuando están delgadas.

Este libro habla, pues, de mujeres; de su trayectoria diaria, de sus expectativas, de sus aspiraciones, de sus esperanzas frustradas y a menudo silenciadas, de su malestar, de sus deseos, de lo que las hace felices, de lo que llena su vida y también de lo que las va destruyendo día tras día.

En todo momento nos ha movido el deseo de razonar con libertad, sin preocuparnos por lo políticamente correcto. Nuestro método se basa tanto en la psicología como en la sociología, la economía, la filosofía, la demografía, la biología o la antropología. Pero ante todo se fundamenta en los testimonios de mujeres, anónimos o no, que nos han llegado y que hemos recogido. Mujeres que nos han hablado con sinceridad y sencillez, sin utilizar el lenguaje engañoso de los políticos; es decir, que han confiado en nosotras.

Son muchas las cuestiones que han ido surgiendo conforme avanzaban nuestras investigaciones, nuestras reuniones,

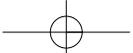
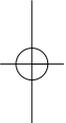
nuestras entrevistas y nuestros trabajos. Pero sobre todo hemos llegado a una constatación: la liberación de la mujer no sólo no la ha liberado, sino que ha servido para esclavizarla aún más.

Todos nos acordamos de Scarlett O'Hara, y de cómo tenía que contener la respiración cuando su ama le ceñía el corsé, para que tuviera el talle más fino del condado. Con la llegada del feminismo, el corsé desapareció de nuestros armarios.

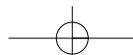
Hoy en día, tanto nuestro vientre como nuestros movimientos son libres y podemos respirar. Pero nuestro cuerpo y nuestro espíritu siguen estando encerrados, comprimidos y atrofiados dentro de un corsé que es aún más insidioso que el de siglos pasados porque no se ve. Hoy estamos encerradas en un corsé, pero en un corsé invisible.

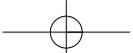
De hecho, en nuestros días el cuerpo de la mujer sigue estando bajo el control del agotamiento causado por el trabajo, de los regímenes y de las nuevas normas de belleza. Su espíritu, supuestamente liberado de la dominación masculina, se halla bajo la influencia de la sociedad en su conjunto, que parece conspirar contra la mujer. Pero todas esas reglas y normas no se ven, sino que están soterradas. Cómplice de su propia esclavitud, la mujer no ha tenido piedad consigo misma: se ha convertido en su propio verdugo.

En una sociedad en la que nadie se atreve a decir nada, en la que la mujer no encuentra ni el lugar ni el momento para que se la escuche, hemos decidido bucear en el malestar femenino para descubrir no sólo sus síntomas, sino también sus causas.



PRIMERA PARTE
LA TRAMPA DEL FEMINISMO





«Lo terrible y desolador es que ellas han asumido el rol de los hombres.»

Marguerite Duras*

Nuestras antepasadas lucharon para que tuviéramos más derechos: el del acceso a la educación, al voto, a la contracepción, al aborto, a la implantación de la baja por maternidad retribuida, etc., y de un modo más general, para acabar con ese «problema sin nombre», como decía Betty Friedan, que hacía que las mujeres estuvieran relegadas exclusivamente a desempeñar el papel de amas de casa. El feminismo liberó a la mujer del patriarcado, del poder del padre o del marido. La sacó del hogar. Por todas partes vemos a mujeres cogiendo el metro, trabajando y ganando dinero. En Francia, el feminismo, esa revolución necesaria, ha triunfado.

Entonces, ¿por qué la palabra *feminismo* tiene unas connotaciones tan negativas y provoca o bien rechazo o bien una ironía burlona? El efecto que produce se sitúa en las antípodas de lo que las feministas buscaban; aún peor, impide cualquier tipo de diálogo. Ser feminista supone, en el mejor de los casos, ser anticuada, y en el peor, ser vindicativa, rencorosa e incluso «his-

* Marguerite Duras y Xavière Gauthier, *Les parleuses*, Minuit, 1974.

térica». ¿Cómo se ha llegado a esa situación? ¿Acaso es la enésima manifestación de una misoginia siempre dispuesta a golpear a las mujeres en general, y en particular a las que reivindican su derechos? ¿O es que acaso la mala reputación del feminismo se debe al movimiento feminista en sí mismo?

El feminismo se construyó «contra»...

El feminismo se construyó contra el hombre, contra el patriarcado y contra el orden establecido, pero también contra lo femenino y, en consecuencia, contra la identidad profunda de la mujer.

El feminismo quiso elevar a la mujer al nivel del hombre. Con el fin de reivindicar todos los logros masculinos, el feminismo calcó los valores de la mujer de los del hombre. En su afán por defender los derechos de la mujer, el feminismo puso en práctica la extraña paradoja de imitar a quien se suponía que era su enemigo; es decir, al hombre. Ahora bien, como dice Marguerite Duras, «esa supuesta igualdad es muy peligrosa: no hay nada peor que reclamar la igualdad entre los hombres y las mujeres, ya que las mujeres pasan a ser igual que los hombres en todo». Es lo que se conoce como «emancipación de la mujer». El feminismo arrastró a las mujeres hacia una masculinización de los valores femeninos. El feminismo cometió el siguiente error teórico: el hombre y la mujer son semejantes; en consecuencia, tienen que ser iguales. Pero la mujer no tiene ni las mismas necesidades, ni las mismas aspiraciones que el hombre. Y aunque ambos tengan algunas necesidades comunes —según la pirámi-

de de Maslow,* necesidades fisiológicas básicas, y de protección, seguridad, amor, afiliación, autoestima y autorrealización—, las diferencias entre las naturalezas de ambos hacen que cada uno tenga sus propias aspiraciones.

El feminismo se construyó contra el hombre, pero tomándolo como modelo.

Nacer mujer es un dato biológico

¿Cuándo se nace mujer? Hasta los cuarenta días, el sexo del feto es indiferenciado. Para convertirse en hombre, el feto debe ver cómo su futuro útero experimenta una regresión.

En el feto de los animales y de los humanos, la diferenciación del aparato genital es el resultado de la acción de factores masculinizantes genéticos y hormonales. Una hormona, la AMH, desempeña un papel muy importante no sólo en la regresión de las vías genitales femeninas, sino en el desarrollo normal de la diferenciación del testículo en el feto. La diferenciación sexual obedece a una regla fundamental puesta en evidencia, por primera vez, por el profesor Alfred Jost, en 1947, en el feto de un conejo. Esta regla se aplica al conjunto de los mamíferos. Las estructuras sexuales del embrión contienen, con independencia del sexo genético, un programa interno de desarrollo de tipo femenino. En el feto genéticamente macho, este programa se ve contrarrestado por factores genéticos hormonales; en el feto hembra, el desarrollo de los órganos sexuales

* Véase pág. 36.

sigue, simplemente, el programa preestablecido. Régine Picon, profesora de la Universidad París XII, retomó los trabajos de Alfred Jost y demostró, en 1969, el impacto de la AMH sobre el proceso de diferenciación sexual. La AMH provoca la regresión de los canales de Müller, que, en la hembra, están al principio de los oviductos y del útero. La testosterona —la hormona masculina producida por los testículos— convierte en definitivo el proceso de masculinización del feto. La diferenciación sexual interviene entre la cuarta y la quinta semana de gestación. Después del cuadragésimo día, la testosterona acaba por eliminar el lado femenino de ciertos fetos, y entonces es cuando nace el hombre.

Antes del cuadragésimo día, todos los seres humanos, incluyendo a los hombres, parecen femeninos.

El cerebro tiene sexo: se es mujer

Las últimas investigaciones llevadas a cabo sobre el cerebro muestran que es sexuado. Los hombres y las mujeres se comportan de modo diferente ante las mismas situaciones; en unos y otras no intervienen las mismas zonas del cerebro.

Según se cree, la mujer emplearía más el hemisferio izquierdo del cerebro, reservado para el lenguaje, para el razonamiento analítico y para la gestión del tiempo, mientras que el hombre utilizaría preferentemente el hemisferio derecho. También se ha demostrado que los hombres tendrían más facilidad para orientarse en el espacio, ya que dan muestras de tener más aptitud en las pruebas de rotación espacial en tres dimensiones.

Las niñas hablarían antes que los niños, desarrollando un vocabulario más matizado, y serían mejores lectoras. En 1995, Shally Shaawith, de la Universidad de Yale, mostró que, para ciertas tareas lingüísticas, las mujeres activaban ambos hemisferios, mientras que los hombres activaban sólo el izquierdo. Según esta autora, esa competencia se hallaría vinculada a las hormonas femeninas, los estrógenos, que favorecen la actividad verbal. Por otro lado, la mujer es más rápida para nombrar los colores y los percibe de un modo más sutil. Posee mejor receptividad sensorial, y percibe mejor que el hombre los matices emocionales reflejados en un rostro.

En cuanto a la famosa intuición femenina, según la comunidad científica dicha facultad puede atribuirse a ciertas hormonas o a un reparto específico de los receptores sensoriales. Ruben Gur, profesor del Mahoney Institute of Neurological Sciences de la Universidad de Pensilvania, estima que esa competencia proviene de una actividad cerebral siempre en alerta: en estado de reposo, el cerebro de la mujer mantiene un 90 por ciento de su actividad eléctrica, mientras que en el caso del hombre es de un 70 por ciento, lo que permite que la mujer pueda recibir y analizar las informaciones del entorno, así como percibir sus detalles.

Según Alain Braconnier, psiquiatra y autor de *El sexo de las emociones*,* los hombres y las mujeres sienten las mismas emociones, pero no las expresan de igual manera. Las mujeres emplean el lenguaje de la afectividad y de la emoción; los hombres, el de la acción y el de la descripción.

* Andrés Bello, 1997.

Moshé Koppel, de la Universidad de Bar Ilan, de Israel, ha realizado un estudio sobre textos literarios con el fin de determinar, por medio de un software, si el autor era hombre o mujer. El software era capaz de dar una respuesta correcta cuatro de cada cinco veces.

En materia de sexualidad, el cerebro de la mujer también es diferente. Stéphane Hamann, de la Universidad Emory de Atlanta, estudió, por medio de resonancia magnética funcional, la actividad del cerebro de hombres y mujeres que visualizaban imágenes eróticas. El encéfalo de los hombres se estimulaba más a la vista de las imágenes que el de las mujeres. A la mujer lo que le estimula el erotismo no es la vista, sino el oído, el olfato y el tacto.

La mujer no tiene la misma sexualidad que el hombre

Las feministas igualitaristas negaron la diferenciación de los sexos porque eso equivalía a establecer jerarquías, es decir, a declarar que los hombres son superiores a las mujeres. Según ellas, todos los seres humanos son individuos idénticos, y las diferencias observadas en la sociedad son sólo el efecto de las relaciones de dominación existentes. Cualquier clase de afirmación sobre una especificidad femenina les molestaba porque se corría el peligro de confirmar la existencia de una jerarquización entre ambos sexos.

Y, sin embargo, la realidad es muy diferente. Está demostrado que la mujer posee lo que podríamos llamar una sexualidad

«difusa». Para tener una relación sexual del todo satisfactoria, la mujer necesita implicarse emocionalmente; las contrariedades y las preocupaciones, cualquiera que sea su naturaleza, suponen un freno para el deseo y el placer. Si se quiere llegar a un verdadero intercambio con una mujer, hay que saber acariciar su psicología. Por su parte, el hombre tiene una sexualidad «local». Después del orgasmo, sufre un ataque de melancolía, la famosa depresión poscoital, que activa en su organismo la producción de una hormona de efecto adormecedor, mientras que la mujer se siente llena de energía. El máximo potencial sexual del hombre tiene lugar hacia los veinte años de edad. Y la mujer sigue sintiendo deseo con la misma intensidad cuando se aproxima a la cuarentena.

Sin duda, la sexualidad de la mujer se halla más estrecha y conscientemente vinculada al paso del tiempo que la del hombre. Mes tras mes, las menstruaciones le recuerdan la acción del tiempo en su cuerpo, y el vínculo que existe entre la sexualidad y el parto.

La menopausia, otro hecho que determina de una manera muy importante la vida de la mujer, y que por término medio aparece en torno a los cincuenta años, coincide con el cese de la ovulación. La progesterona, la hormona encargada de preparar el útero para un eventual embarazo, deja de secretarse, mientras que los estrógenos continúan estando presentes.

Ése es el destino sexual de la mujer, muy diferente del masculino, ya que los hombres no experimentan ese cambio en su naturaleza, ni sufren tan drásticamente por causa del paso del tiempo. Podría decirse que la mujer es mucho más «cronológica» que el hombre.

El feminismo ha negado el psicoanálisis

El feminismo se opuso al psicoanálisis, al afirmar que Freud había calcado el destino de la mujer del destino del hombre. En consecuencia, combatió la teoría de la envidia del pene, que reduce a la mujer a verse definida por la falta del hombre. Para Freud, la toma de conciencia de la identidad sexual se produce bajo la influencia de una angustia fundamental: la de la castración. La niña que ve a un chico desnudo se da cuenta de que éste tiene algo más, algo que a ella le falta. A partir de esa constatación, se sentirá angustiada al creer que le han arrebatado el pene que poseía porque ha hecho algo malo; es decir, que todo se debe a un castigo. El modo como se resuelva esa angustia va a determinar las relaciones que mantendrá con los hombres en la edad adulta. Como dice Charles Melman, «la anatomía hace el destino». Según Freud, los celos, la rivalidad, las competiciones y las reivindicaciones que tienen lugar en la vida de la pareja son consecuencia de esa primera privación de la mujer. Lacan va aún más lejos cuando dice que «La mujer no existe», o incluso que «la mujer no es un ser en sí mismo, es decir, no se puede hablar de La mujer (sino de *La* mujer)». Por tanto, no existe un universal de la mujer en el sentido de que cada mujer es particular; por ejemplo, el goce femenino, a diferencia del masculino, no es fálico. Es de otra clase, y se halla vinculado a modalidades específicas, como la maternidad o la espiritualidad; el éxtasis de las mujeres que han experimentado el misticismo es una de esas experiencias. El feminismo cometió el error de catalogar la diferencia sexual como una debilidad o una señal de inferioridad.

El feminismo intentó confiscarle al hombre su falo

Extracto de *Sueños de mujeres*,* de Marie-Christine Laznik, en René Frydman y Muriel Flis-Trèves (dirs.).

Como psicoanalistas podríamos afirmar que, para que un hombre se avenga a decir que está enamorado, es decir, que ha sabido encontrar una compañera del sexo contrario, tiene que poder apoyarse en un falo imaginario que pertenece a su género y en una cierta carencia de su pareja. Para la mujer, la contemplación del falo en el Otro (el otro sexo) es lo que hace que se sienta atraída hacia él. Para ello, es asimismo necesario que la mujer sienta que le falta algo de lo que ve en el hombre. Ahora bien, para todos los individuos el falo sólo se representa como una carencia. El sujeto sólo puede encontrar el falo positivo en la mirada de la Otra, su compañera del otro sexo. Ella es la que le garantizará que, bajo su punto de vista, el falo —o más bien uno de sus avatares imaginarios— está en su campo. En todo ello hay una debilidad masculina que la feminidad sabe detectar, a condición, claro está, de que la mujer se avenga a ubicar el falo en el campo de su compañero, lo que supone reconocer su propia carencia. Si en el plano intelectual los dos miembros de la pareja tienen la misma potencia fálica, la disimetría no será demasiado relevante. Sin duda ésa es la razón de que las parejas formadas por un prestigioso profesor y su joven —y admiradora— alumna funcionen bastante bien. Pero puede suceder que una mujer tenga difi-

* Odile Jacob, 2005.

cultades para dar a entender a su cónyuge que el falo es cosa de él, ya que su independencia financiera desposee al dinero del marido del valor de un falo imaginario del que él sería el proveedor y del que ella carecería. En las generaciones anteriores, las madres de las actuales quincuagenarias no trabajaban, lo que garantizaba la existencia de la ya mencionada disimetría.

El feminismo hizo creer a la mujer que podía ser igual que el hombre. Y la verdad es que puede serlo desde un punto de vista estrictamente social, profesional y financiero. Sus competencias —aunque no siempre hayan estado bien valoradas en el mundo del trabajo— le han permitido alcanzar grandes logros. Y aunque sólo un 24 por ciento de los directivos empresariales sean mujeres, ya nadie duda de la inteligencia de la mujer, ni de su capacidad para trabajar, dirigir y crear riqueza. Cada vez más, la mujer encarna el éxito social. La mujer ha hecho todo cuanto estaba en sus manos para conseguir la independencia, y para aplicar por completo sus capacidades intelectuales y creativas. Ha ganado seguridad y se ha hecho con el poder. Sin embargo, esos mismos logros se han vuelto violentamente contra ella, porque, de hecho, en su afán de conseguir poder, posición social, dinero y éxito, se ha convertido en una mujer fálica. Y eso es algo que apenas les interesa a los hombres, ya que ellos no buscan el falo en el otro. El feminismo, al quitarles el poder fálico a los hombres para dárselo a las mujeres, ha matado el deseo del hombre hacia la mujer, y a veces hasta el de la mujer respecto al hombre. El poder y el dinero que ha sabido conseguir le proporcionan el falo que le faltaba. Pero lo que el hombre busca no es un falo que rivalice con el suyo, sino un lugar en el

que su falo se sienta valorado, aclamado y deseado. Ésa es la razón de que, cuando una mujer progresa en su trayectoria profesional, con frecuencia el hombre se separe de ella para unirse a otra más joven e inexperta, entre cuyas misiones se halla la de devolverle el falo.

El feminismo o la negación de la mujer

Extracto de *La mujer completa*,* de Germaine Greer.



Hay una nueva raza de mujeres sobre la tierra: la de unas mujeres musculosas, con unos pectorales tan marcados como los de los hombres, mujeres corredoras de maratones con una musculatura tan fuerte como la de un hombre, mujeres gerentes con tanto poder como el hombre, mujeres que pagan pensiones alimenticias y mujeres a las que les pagan pensiones alimenticias; lesbianas que exigen el derecho a casarse y a tener hijos por inseminación artificial, hombres que se mutilan y a los que se les concede documentación de mujer, y prostitutas integradas en organizaciones muy visibles. Mujeres armadas al frente de los ejércitos más poderosos de la tierra. Coroneles que utilizan barra de labios y esmalte de uñas. Mujeres que escriben libros sobre sus conquistas sexuales con nombres y apellidos, y describiendo con mucha precisión las posturas, el tamaño de los miembros viriles, etc. Ninguno de esos fenómenos podía verse hace veinte años.



* Kairós, 2000.

El feminismo se construyó basándose en una negación de primer orden: la de la mujer.

Naturalmente, la feminidad, en cierta medida, se construye en el medio social. A las niñas les damos muñecas, y a los niños espadas o coches. A ellas las disfrazamos de princesas y a ellos de piratas. A las chicas se las educa con arreglo a una vida destinada a transcurrir en el seno del hogar conyugal, mientras que la educación que reciben los chicos se basa en valores sociales, como el trabajo, la competitividad, la conquista o el dinero. Basta con pasearse por la sección de juguetes de unos grandes almacenes para comprobar que aun hoy en día se educa a las niñas para convertirlas en perfectas amas de casa, mientras que a los niños se les educa para ser pequeños guerreros. Cocinitas, minicarritos de la compra, aspiradoras, lavadoras, microondas, guarderías infantiles, cochecitos, cambiadores, minibañeras, tronas de plástico para dar de comer a los bebés, etc., alegran los departamentos de juguetes destinados a las niñas. Hasta las grandes marcas de electrodomésticos se han puesto a fabricar modelos en miniatura destinados a las pequeñas. Pero eso no significa que la identidad femenina sea un mero producto fabricado por la sociedad.

Aunque la psicología de la mujer pueda diferir según la edad, la categoría socioprofesional o la situación familiar, lo cierto es que se dan unas constantes. La mujer da a luz, y eso marca la diferencia. El mito bíblico no se equivocó cuando definió a la mujer mediante dos maldiciones tras ser echada del paraíso: la de parir con dolor y la de ir en busca del hombre. Esa necesidad del otro está en el propio núcleo de la psicología femenina; más adelante estudiaremos todas las repercusiones que se derivan de

ese hecho. Por otro lado, según los economistas y los sociólogos, las mujeres tienen una trayectoria específica en el ámbito económico debido a la maternidad.

La mujer es la primera víctima del feminismo

Como el feminismo pensó en la evolución femenina basándose en el modelo masculino, la mujer ha tenido que hacer frente a la dificultad de vivir dos vidas yuxtapuestas: una de mujer y otra de hombre.

Por una parte, es el pilar del hogar, la educadora, la que se encarga de las compras, la que arregla la casa, quien se ocupa de la ropa, de las tareas escolares, de la comunicación con los hijos y de sus necesidades, de la intendencia, etc. Va corriendo desde su domicilio a la escuela, al parvulario o a la guardería infantil, y luego sale disparada hacia el trabajo, y por la tarde efectúa el mismo trayecto pero en sentido inverso.

Por otra parte, trabaja y su vida profesional es altamente exigente, sea cual sea su nivel, su puesto de trabajo y su sueldo. Desde el mismo momento en que pone los pies en su medio profesional, tiene que estar en condiciones de intervenir y de ser competente. Si ha sufrido una contrariedad familiar o personal, está obligada a ocultarla. Y aunque ciertos empresarios o colegas se muestren comprensivos, ella sabe que no se le perdonará nada que vaya en menoscabo de sus deberes de asalariada.

Todos estamos de acuerdo en que el trabajo no constituye una alienación. Una gran mayoría de mujeres lo vive como un

medio de abrirse al mundo, y como una oportunidad de realizarse y de tejer un vínculo social distinto del que se genera en la célula familiar, por no hablar de la importancia de la autonomía financiera que proporciona. Pero la suma de los dos roles —el del trabajo y el del hogar— puede resultar una carga demasiado pesada, que puede sumir a la mujer en un gran desconcierto.

La mujer ha perdido el espacio que tenía reservado para su feminidad, para su deseo y para sí misma. Atenazada entre su vida profesional y su vida de madre, y presionada al máximo, sufre una doble alienación. Su vida se reparte entre el hogar, la maternidad y el trabajo.



Cada vez hay más mujeres que siempre están agotadas



La mujer se siente agotada en todo momento y lugar. ¿Cómo es la vida de la mujer casada y con hijos que trabaja, de la mujer divorciada con hijos, o de la mujer que ejerce de ama de casa?

*La mujer que vive en pareja, que tiene hijos y trabaja:
los platos chinos*

Si la mujer no tiene los medios económicos necesarios para procurarse ayuda, su vida es una perpetua carrera contra reloj. Es como un acróbata que intenta hacer girar simultáneamente cuatro platos colocados sobre cuatro largas varillas, y

va corriendo de uno a otro, sabiendo que, si presta menos atención a una de las varillas, el movimiento se alterará, y el plato caerá y se romperá; esa mujer corre desde temprano por la mañana hasta bien entrada la noche. Su vida —condicionada por una lista de tareas que hay que cumplir— es digna del mito de Sísifo. Se despierta cuando despunta el día, prepara el desayuno de los niños antes de despertarlos, los viste si son pequeños, aprovecha cuando están sentados para hablar con ellos, y a continuación no es nada raro que también se encargue de despertar a su marido. Dependiendo de la edad de los pequeños, los lleva a la guardería, al parvulario o a la escuela primaria. Y después sale volando hacia el trabajo. Cuando finaliza la jornada laboral, su pareja ya ha acabado, mientras que para ella todo empieza de nuevo: comprar, recoger a los niños, ayudarlos a hacer los deberes, bañarlos, preparar la cena, ocuparse de la intendencia de la casa, cenar, limpiar... Hay tanto que hacer que no tiene más remedio que dejar de lado a su marido, que muchas veces pasa a ocupar el último lugar de la lista. La suma de las tareas que tiene que hacer, un día tras otro, es vertiginosa. Esa vida tan frenética es un infierno, pero la mujer no tiene ni tiempo para pensar en ello porque cada minuto cuenta.

Tiene pocos amigos, ya que nunca dispone de tiempo para verlos. Sale poco; cuando tiene un respiro, lo aprovecha para descansar. A su marido —cansado de verla nerviosa, agotada, con la libido por los suelos y con el pelo siempre recogido con una gran pinza— le cuesta mucho reconocer en esa marimacho depresiva a la mujer seductora y alegre con la que no hace tanto que se casó.

EL SIGNO PRECURSOR DEL FIN DE LA PAREJA: LA PINZA DEL PELO

Parémonos un instante a mirarla bien. De color rosa fosforito, beige o de un tono chillón, pero siempre fea y con una forma tan rara que más bien recuerda una mandíbula de dinosaurio o una vagina con dientes. La pinza es práctica porque permite sujetar el pelo cuando hay que ocuparse del cuidado del hogar o de los niños. El problema reside en que, una vez concluidas esas actividades, la mujer no se la quita; lo que significa que ya sólo le importan sus tareas domésticas y su vida de madre. Ahora bien, ¿qué es lo que la pinza le está diciendo al marido? Pues que su mujer está agotada, que ya no lo desea, y que no tiene ni energía, ni ganas de gustar. ¿Y eso por qué? Pues porque la mujer cree que él quiere que ella lo haga todo y se encargue de todo, y se lo hace pagar ofreciéndole una imagen de sí misma bastante dejada. La pinza, ese «adorno» que anuncia el fin de la pareja, es el símbolo de la condición de la mujer moderna como madre de familia desbordada, como mujer sola, metida en casa, o como mujer divorciada. Es el último acto de rebeldía contra todo lo que la sociedad espera de ella; unas expectativas que con frecuencia resultan demasiado pesadas.

La mujer divorciada y con hijos: camina o revienta

(Conversación con Isabel, de treinta y tres años.)

Todo me daba miedo. En una revista había leído que más del 70 por ciento de los hijos de padres divorciados tenían problemas escolares, y me mortificaba la idea de que mis hijos, que tenían tres

y seis años, pagaran con su futuro mi decisión de dejar a su padre. Tenía miedo de que mi vida profesional, que estaba empezando de nuevo, no me permitiera darles vacaciones, o dedicarles el tiempo necesario para ocuparme de ellos como antes. Me sentía juzgada por todo el mundo. Un día, al sincerarme con alguien de mi familia sobre las dificultades que veía para reconstruir mi vida, la mía y la de mis hijos, esa persona me respondió: «No te lo tomes a mal, pero al fin y al cabo la que has decidido divorciarte eres tú». También me he sentido culpabilizada por parte de la escuela de mis hijos. Como vivía lejos del colegio, llegaba tarde, y no hacía más que recibir miradas de reproche; en fin, que tenía la impresión de que todos me tomaban por loca. Comprendí que ser una mujer divorciada equivalía a ser escoria. Un día, la maestra de uno de mis hijos me citó para decirme que mi pequeño ya no jugaba ni reía. Me dijo que yo no tenía derecho a estropearle la infancia, que debía arreglármelas para no llorar delante de él, y que mi actitud no era nada maternal. Me sentí invadida por un sentimiento de culpabilidad. Mi ex marido siempre me estaba diciendo que no era una buena madre. Y como vivíamos en un piso pequeño, cuando lloraba mis hijos me oían. Hasta fui a ver a mi médico, que intentó tranquilizarme, diciéndome: «No pasa nada si sus hijos la ven llorar, así sabrán que la vida no siempre es fácil».

A menos que haya obtenido una pensión alimenticia suficiente, y que esa pensión se pague cada mes —lo que no siempre sucede—, la mujer divorciada se encuentra en una situación complicada tanto psicológica como materialmente. En el aspecto material, ha perdido el sentimiento de seguridad tan

caro a Maslow, y que constituye una condición previa respecto a cualquier forma de progreso. En su vida no hay nada establecido, nada es seguro, el suelo puede hundirse bajo sus pies en cualquier momento, vive permanentemente sobre una zona sísmica. Cuando es la mujer la que abandona el hogar conyugal, la mudanza es la primera fractura material tangible. Tiene que habitar en un espacio más pequeño que el que tenía cuando vivía con su marido antes del divorcio. Literalmente, podría decirse que todo está por hacer. Y eso puede abarcar desde la simple instalación de la línea telefónica a la compra de la lavadora. El coste de toda la operación es enorme. De repente, carece de todo, empieza a vivir partiendo de cero y tiene que hacerlo sola. Por otro lado, la mujer sabe bien que la mudanza es una fuente de complicaciones logísticas en lo que respecta a la guardería, el parvulario, la escuela o el instituto de sus hijos, y por este motivo no quiere que al trauma del divorcio se añada, para ellos, el de verse separados de sus amigos, ni que los cambios les alteren a mitad del curso escolar. Modificar un trayecto con relación al lugar de trabajo posiblemente no sea demasiado significativo en un medio urbano donde abundan los metros, los autobuses y los tranvías, pero fuera de las ciudades, donde no hay demasiados transportes públicos, organizarse es algo muy complicado. Algunas mujeres han de recorrer largas distancias a pie para tomar el bendito autobús que las llevará, a tiempo, a ese trabajo que tienen que conservar porque es la única clave de su supervivencia. Y ello no sólo porque sea absolutamente vital en el aspecto económico, sino también porque la vida profesional les ofrece un lugar de socialización y de interacción con los demás. Es uno de los pocos espacios en los

que la mujer divorciada sigue existiendo socialmente, en un momento en el que se encuentra privada de su pertenencia a su antigua célula, la pareja.

La mujer divorciada y con hijos sabe que su vida es potencial o efectivamente precaria y es consciente de que de ella depende el que todos se sientan seguros. Todo ello le provoca una especie de esquizofrenia, ya que delante de sus hijos tiene que poner una cara sonriente y en el trabajo debe hacer gala de un espíritu positivo; sin embargo, interiormente se siente desamparada. Está sola para asumir el coste de la vida y para hacer frente a las demandas materiales y emocionales de sus hijos. No ahorra ningún esfuerzo para que ellos no sufran por causa de la nueva situación. Se consagra completamente a ellos. Del amor que siente por sus hijos, y del amor que ellos le dan, saca la fuerza que le permite levantarse cada mañana. Pero se cansa, porque sabe que trabaja sin red de seguridad. Tiene miedo por sus hijos y por su propio futuro, porque tiene claro que está sola para protegerlos. Esa mezcla de amor y de pánico la va minando por dentro. Su inmensa vulnerabilidad se ve compensada por un instinto de supervivencia que la convierte en una luchadora. Deja de lado sus sentimientos, sus sensaciones y hasta su propio cuerpo. Avanza. «¡Algún día la vida será menos difícil!», piensa. Y sigue avanzando. A pesar de hacerlo a paso de tortuga, espera alcanzar su principal objetivo: volver a sentirse segura. Y como sabe bien que en lo sucesivo tendrá que lograrlo ella sola, esa presión tan inhumana la convierte en una víctima.



LA PIRÁMIDE DE MASLOW

La pirámide de las necesidades es obra del psicólogo estadounidense Abraham Maslow, que en 1943 fue el inventor de la teoría de la motivación humana.

Según Maslow, el ser humano se caracteriza por cinco tipos de necesidades, que procura satisfacer sucesivamente: a medida que un nivel se halla colmado, puede pasar al nivel superior. Cuando un nivel de necesidad no está colmado, el hombre no puede progresar. Por ejemplo, alguien que dé importancia al hecho de encontrar una vivienda o de alimentarse no puede pensar en realizarse como persona. Atascados en su nivel, tanto su espíritu como su energía se movilizan para resolver ese problema.

1) *Las necesidades fisiológicas son homeostáticas, y resultan necesarias para la supervivencia: beber, comer, dormir, mantener una temperatura constante, etc.*

2) *Las necesidades de seguridad comprenden la seguridad de alojamiento y de ingresos, así como la seguridad física.*

3) *Las necesidades de pertenencia y amor implican la pertenencia a un grupo, la socialización, y la necesidad de reconocimiento y de consideración.*

4) *Las necesidades de estima. Maslow habla de una necesidad de estima inferior, y de una necesidad de estima superior. La inferior es la necesidad de sentirse respetado por los demás. Es la necesidad de estatus, de reconocimiento, de reputación y de dignidad. La forma superior de la necesidad de estima comprende el respeto, la confianza en sí mismo, la competencia, el sentimiento de dominio de sí mismo, el sentimiento de realización, la independencia y la libertad.*

Maslow califica estos cuatro primeros niveles de «D-needs» o «deficit needs» (necesidades que emanan de un déficit: la motivación está determinada por la carencia).

5) *Por su parte, el quinto nivel no se halla determinado por ninguna carencia. Es el de las necesidades «positivas», motivadas por la necesidad de desarrollo personal. Se trata de desarrollar todo nuestro potencial, de ser uno mismo. Según Maslow, «be all you can be» (sea todo aquello que puede ser).*

La madre ama de casa: la soldado desconocida

A los ojos de la sociedad, la mujer que escoge la vida familiar es, en el mejor de los casos, una cobarde, y en el peor, una inútil.

Por esa razón, la mujer que se queda en casa se siente permanentemente culpable por el hecho de no crear riqueza: no sólo no gana dinero, sino que se pasa la vida gastando el de su marido. El sentimiento de culpa que todo ello le provoca la lleva a hacer mucho más de lo necesario en el hogar, y a lanzarse a tontas y a locas a la búsqueda de la perfección con el fin de hacerse perdonar su aparente improductividad. La opinión que la sociedad tiene de su existencia la empuja a tratarse a sí misma de una manera exigente y muy despiadada. Nadie le perdona nada. Su trabajo —que implica cuidar a los niños, el arreglo del hogar, la organización de la casa, la planificación de las vacaciones, etc.— jamás se verá reconocido ni valorado. Es chófer, cocinera, asistente, secretaria y profesora particular de sus hijos. Y no tiene excusa para no estar guapa y disponible por la noche. Es, en cierto modo, la mujer ideal: «Buena mano en la cocina, una santa para todo el mundo y con los niños, y una puta en la alcoba». Y, sin embargo, a la mujer que no trabaja no se la respeta. Nadie la cree capaz de rebelarse porque depende económicamente de su marido. Y si al cumplir los cincuenta, justo cuando los hijos también abandonan el hogar, el interés de su esposo hacia ella decrece, lo normal es que se pregunte qué ha hecho con su vida.

Pero aunque planten cara a la vida, el día a día de las mujeres es difícil. Lo ideal es que el hombre con el que comparten la vida —si lo hay— pueda ayudarlas. Pero por desgracia la inmensa mayoría de los hombres no tienen ni idea de lo que les pasa a las mujeres.

Da igual que estén casadas o divorciadas, o que trabajen o no; las mujeres siempre participan en un juego que tienen perdido de antemano.